

Ejemplos de conformación de corpus y canon filosóficos.

Rorty, R (1979) [1989]: *La filosofía como espejo de la naturaleza*. Cátedra. 2ª edición. Página 127.

La idea de que existe una disciplina autónoma llamada “filosofía”, distinta de la religión y de la ciencia y capaz de emitir juicios sobre ambas, es de origen muy reciente. Cuando Descartes y Hobbes atacaban “la filosofía de las escuelas” no pensaban que ellos estaban sustituyéndola por una filosofía nueva y mejor –una mejor teoría del conocimiento, o una metafísica mejor, o una ética mejor: estas distinciones entre “campos de la filosofía” no habían llegado a trazarse todavía. No se disponía todavía de la idea de la “filosofía” misma, en el sentido en que se ha venido entendiendo desde que el tema se consagró en forma de materia académica durante el siglo XIX. Mirando hacia atrás, vemos a Descartes y a Hobbes como “iniciadores de la filosofía moderna”, pero ellos pensaban en su función cultural en términos de lo que Lecky llamaría “la guerra entre la ciencia y la teología”. Estaban luchando (aunque discretamente) para conseguir que el mundo intelectual fuera seguro para Copérnico y Galileo. No se veían a sí mismos como si estuvieran ofreciendo “sistemas filosóficos”, sino como contribuidores al florecimiento de la investigación en matemáticas y mecánica, y como liberadores de la vida intelectual frente a las instituciones eclesiásticas. Hobbes definía la “filosofía” como “aquel conocimiento de los efectos de las apariencias que adquirimos por raciocinio verdadero a partir del conocimiento que tenemos previamente de las causas de su generación”. No tenía ningún interés en distinguir lo que estaba haciendo de una cosa diferente llamada “ciencia”. Sólo después de Kant se impuso la moderna distinción filosofía - ciencia. Hasta que no se quebró del dominio de las iglesias sobre la ciencia y la erudición, las energías de los hombres a quienes ahora consideramos como “filósofos” se dirigían a la demarcación de sus actividades separándolas de la religión. Sólo cuando se hubo ganado esa batalla pudo plantearse la cuestión de la separación de las ciencias.

Carnap R. (1963) [1992]: *Autobiografía Intelectual*. Paidós. Introducción de Manuel Garrido. Buenos Aires. Páginas 9 – 11.

INTRODUCCIÓN

DOS MANERAS DE HACER FILOSOFÍA

En un ensayo que caracterizaba el estado actual de la filosofía en el mundo, Ferrater Mora opuso el modo anglosajón al modo continental de hacer filosofía. El tema preferente del pensamiento continental europeo (fenomenología, existencialismo o marxismo) era, según Ferrater, la persona o el grupo humano y en el acercamiento a ese tema veía el filósofo catalán predominar el punto de vista subjetivo. El tema preferente del pensamiento anglosajón no es, según ese mismo diagnóstico, el hombre sino la realidad de las cosas materiales y por su manera de acercarse a ellas, el análisis objetivo, se le aplica a esa forma de pensar la etiqueta de «filosofía analítica».

Fue Feigl, hasta hace poco tiempo uno de los escasos supervivientes del Círculo de Viena, quien caracterizó a esos dos modos de pensamiento, respectivamente, como filosofía de la «seducción» y filosofía de la «reducción». El filósofo de la seducción quisiera siempre encontrar «algo más» en la realidad: que no haya sólo cosas, sino además personas, que no haya sólo materia, sino además libertad, que no haya sólo física, sino además metafísica, o por lo menos ética. El filósofo de la reducción pretende a toda costa limitar la realidad a «nada más» que uno o algunos de sus aspectos o elementos, como hace, por ejemplo, la ciencia física con los objetos que investiga.

Precisamente por los años en que Ferrater escribió su ensayo sobre «La filosofía en el mundo de hoy», cuando la década de los cincuenta tocaba a su fin, tal vez la estrella filosófica entonces más rutilante del firmamento europeo fuese Jean Paul Sartre y la más luminosa en el norteamericano

probablemente fue Rudolf Carnap. Sartre es un paradigma de filósofo «seductor» puro, sin el menor interés por la reducción. Le preocupaba mucho la dialéctica de la historia de Marx, pero poco o nada la dialéctica de la naturaleza de Engels. Carnap es un paradigma de filósofo «reductor» puro, sin el menor interés por la seducción. Se pasó la vida tratando de reducir a fórmulas lógicas el lenguaje científico y filosófico y no escribió una sola obra de ética o política.

Pero siendo estos dos pensadores tan distintos, en ambos se da por igual la circunstancia de haber perdido vigencia con increíble rapidez después de su muerte, hasta el punto de que sus respectivos maestros, Heidegger y Russell, aparte de ser más grandes, tienen hoy más actualidad que ellos. Sartre había nacido en 1905 y murió en 1980. En una reciente encuesta entre alumnos de bachillerato en Francia se obtuvo el sorprendente resultado de que el libro de Sartre por ellos preferido era... *La peste*, obvia confusión con Camus que en los años sesenta habría sonado a blasfemia. Carnap había muerto dos lustros antes que Sartre. El año 1991 fue su centenario y la mayoría de las revistas filosóficas del mundo que tanto lo aclamaban en los cincuenta dejaron pasar la efeméride sin pena ni gloria.

Y sin embargo no es posible hacerse una idea cabal de lo que ha sido la filosofía en nuestro siglo y de lo que es o no es en el momento presente sin saber el papel que ha correspondido a Rudolf Carnap, el líder indiscutible del Círculo de Viena, el eslabón que conecta el atomismo lógico de Russell con el naturalismo analítico de Quine, la mente que fue determinante en la filosofía norteamericana de posguerra como lo fue el segundo Wittgenstein en el pensamiento británico de la misma época.

La colección de libros que con el nombre «Biblioteca de filósofos vivos» creó y dirigió hasta su muerte Paul Arthur Schilpp es el más venerable panteón filosófico del siglo veinte. En ella relataron la aventura de su vida intelectual y discutieron sobre su propia obra con especialistas de fama mundial figuras como Whitehead, Russell, Santayana, Einstein, Jaspers o Popper. El volumen de esa serie consagrado a Carnap

apareció en 1963, y en él fueron, entre otros, interlocutores de filósofos sus colegas Morris, Popper, Ayer, Davidson, Quine, Beth, Strawson, Bar-Hillel, Goodman, Kemeny, Hempel, Putnam y Nagel. Facilitar la lectura de la edición separada en castellano de la autobiografía intelectual con que contribuyó Carnap a ese volumen y reflexionar de paso sobre lo que ha significado su obra para la historia del pensamiento de nuestro siglo es el propósito de esta breve introducción.

Aristóteles, *Metafísica*, libro I, capítulo tercero, 983a 25 – 983b 5; 983b 20 – 984b 20. Ed. Gredos. Traducción de Tomas Calvo Martinez. Madrid: 1994.

“Es obvio, pues, que necesitamos conseguir la ciencia de las causas primeras (desde luego, decimos saber cada cosa cuando creemos conocer la causa primera) (...) aunque sobre ellas [las causas primeras] hemos tratado suficientemente en la Física, tomaremos, con todo, en consideración a los que antes que nosotros se acercaron a investigar las cosas que son, y filosofaron acerca de la verdad. Es evidente que también ellos proponen ciertos principios y causas. Al ir a ellos sacaremos, sin duda, algún provecho para el proceso de investigación de ahora, pues o bien descubriremos algún otro género de causa, o bien aumentará nuestra certeza acerca de las recién enumeradas.”

Pero notemos lo que dice el traductor y comentarista de Aristóteles en nota al pie sobre este capítulo de la *Metafísica*: “Los capítulos 3-7 constituyen una exposición de las doctrinas filosóficas anteriores. Sobre esta exposición conviene tener en cuenta lo siguiente: 1) **Como el propio Aristóteles señala, la perspectiva adoptada es su propia doctrina de las cuatro causas expuesta en la Física (II 3 y 7). Aristóteles contempla el desarrollo de la filosofía anterior como un proceso inevitable de descubrimiento sucesivo de sus cuatro tipos de causa y, por tanto, como una confirmación de la validez de su propia doctrina al respecto.** 2) El tratamiento de los filósofos anteriores no es puramente lineal, sino que se entrecruzan los puntos de vista cronológico y lógico. (...)” (Nota 12).

Así, la tradición a la que apela empieza con Tales y se va desarrollando (pasa por los *physicos*, los pitagóricos, los atomistas, los eléatas, Sócrates, Platón) hasta adquirir su máxima expresión en su pensamiento. A continuación dejamos como ejemplo la primera parte de esta reconstrucción aristotélica de la tradición antigua.

“De los que primero filosofaron, la mayoría pensaron que los únicos principios de todas las cosas son de naturaleza material: (...) Por lo que se refiere al número y a la especie de tal principio, no dicen todos lo mismo, sino que Tales, el introductor de este tipo de filosofía, dice que es el agua (...)

Anaxímenes y Diógenes afirman que el aire es anterior al agua que, entre los cuerpos simples, él es principio por antonomasia. Por su parte, Hipaso el metapontino y Heráclito el efestio (afirman) que lo es el fuego, y Empédocles, a su vez, añadiendo la tierra como cuarto a los ya mencionados, (afirma) que lo son los cuatro (y que éstos, efectivamente, permanecen siempre y no se generan, a no ser por aglomeración y escasez, cuándo se reúnen formando una unidad y se separan de la unidad que formaban). Anaxágoras el clazomenio —que es anterior a este último en cuanto a la edad pero posterior a él en cuanto a las obras— afirma, en fin, que los principios son infinitos: en suma, viene a decir que todos los cuerpos *homeoméricos*, como el agua o el fuego, se generan y destruyen únicamente por reunión y separación, pero que en ningún otro sentido se generan o destruyen, sino que, antes bien, permanecen eternos.”

Otros filósofos cuyas doctrinas Aristóteles recupera en el libro I (Alfa) son: Parménides, Empédocles, Anaxágoras, Leucipo y Demócrito, Pitágoras, “Eleatas”: Meliso, Zenon, Platón.